

ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA II

TRABAJO 2º periodo

1. **LECTURA:** (para el examen oral): F. FERNÁNDEZ CARVAJAL, *Pasó haciendo el bien*, capítulos 13 a 33 (páginas 143 a 325).

2) CASO: JEFF en el documental *La experiencia humana*. Título original: *The Human Experience*; Año: 2009, País: USA; Director: Charles Kinnane. Género: **Documental**. (Se puede encontrar en: <https://youtu.be/FnFpBQX3dCM>)

Ganador de más de 30 premios internacionales, el documental *The Human Experience* presenta la realidad, tal cual es: muy dura; pero después de contemplarla, el espectador termina animado a ser mejor.

Se trata de la experiencia real vivida por dos hermanos de Brooklyn, Jeff y Cliff Azize. Procedentes de una familia desestructurada, apenas conocen a su madre. La relación con su padre es sana ya que se emborrachaba con frecuencia maltrataba a los hijos, sobre todo al pequeño, Jeff. Asqueados e intrigados por la vida que les rodea, deciden ir por el mundo acumulando experiencias de vida.

Este proyecto les lleva a vivir tres experiencias distintas y distantes una de la otra. Así, irán descubriendo el voluntariado en “Los Niños Perdidos de Perú”, una especie de gran orfanato peruano, fundado por el médico Tony Lazzara, cuyo fin es el de acoger a los niños enfermos hijos de familias que no cuentan con recursos para atenderlos. Finalmente, los dos hermanos se trasladaron hasta Ghana, para ayudar en la colonia de leprosos y enfermos de SIDA que existe en ese país...Al ritmo de lo que va descubriendo Jeff -narrador de la película- vamos viviendo también nuestra propia experiencia personal.

Preguntas sobre *La experiencia humana*:

- 1) **Escoge una de las experiencias que recoge el documental y resúmela.**
- 2) **Describe con tus palabras cuál es el tema de fondo que recorre todo el documental.**
- 3) **A lo largo del documental, van apareciendo declaraciones de filósofos, sacerdotes, pensadores diversos. Anota dos de las afirmaciones que te parezcan más significativas.**
- 4) **Describe con tus palabras la personalidad de Jeff.**
- 5) **En base a *La experiencia humana*, ¿qué límites y dificultades enfrenta la persona en el descubrimiento de la felicidad?**

3.TEXTO PARA REPORTE: Después de la lectura meditada de AMA Y HAZ LO QUE QUIERAS, destaca de 5 a 10 ideas que te parezcan importantes del texto.

AMA Y HAZ LO QUE QUIERAS

El joven Bastián, protagonista de la *Historia interminable* de M. Ende, salva con su astucia y su bien hacer el país de la Fantasía. Muy agradecida, la Emperatriz le hace un regalo muy especial: una joya que sirve para que se cumplan todos sus deseos. En esa alhaja puede leerse: **“Haz lo que quieras”**. Bastián aprovecha para pedir todo lo que se antoja, llegando a convertirse en un individuo poderoso y rico. Conforme pasa el tiempo, y a medida que se van cumpliendo todos sus caprichos, se da cuenta de que su capacidad de amar disminuye al ritmo de que crece su poder. Es consciente de que se ha ido convirtiendo en una persona muy egoísta. Decide entonces cambiar y beber del agua de la Vida para volver a ser el que siempre fue: un hombre común y corriente.

Muchos siglos antes de la *Historia interminable*, uno de los más grandes pensadores de la historia, San Agustín, hacía el resumen de la moral cristiana en esta máxima: **“Ama y haz lo que quieras”**. A diferencia de inscripción de la joya de Bastián, la invitación de San Agustín antepone el amar. ¿La razón? El libre albedrío -*haz lo que quieras*- ha de ir de la mano del amor, ya que no hay amor sin libertad y no hay libertad auténtica sin amor. Los matemáticos aseguran que el orden de los factores no altera el producto, pero en este caso el orden de los factores sí altera -y mucho- el producto. Y es que el amor no es un expediente que sirva para justificar todo tipo de acciones, sino aquello que nos permite realizarlas al estilo humano, es decir, libremente. No faltan en nuestros días quienes alteran ese orden entre los factores y argumentan: “le suspendimos el tratamiento al abuelito porque no queríamos verlo sufrir”, o “mi novio no aceptó mi embarazo y me ordenó que abortara. Lo hice porque lo quiero, desde luego”, etc. Por el contrario, si respetamos el orden, seremos conscientes que amando de verdad podremos hacer lo que queramos y, de esta forma, comprenderemos la prudente decisión de Bastián de volver a ser el de antes.

Parece que quienes deciden la muerte de terceras personas como el abuelito o el bebé en el vientre materno desconocen en realidad lo que es amar y lo que significa ser libres. Debido sin duda al relativismo moral reinante en nuestra cultura, la palabra amor ha sido fuertemente manipulada y suele usarse para cualquier cosa. Hay quien la usa pensando solamente en el placer, alguien más la usa identificándola con un cierto *feeling* (un vago sentimiento por algo o por alguien), etc. En la moral cristiana, la palabra amor designa lo que la Sagrada Escritura llama “caridad”: ese amor que desea sincera y desinteresadamente el bien del otro. El mismo San Agustín aclara con firmeza que el amor, si no es desinteresado, no es en realidad amor.

Siendo sinceros, hemos de reconocer que cuando se pronuncia abiertamente un “te quiero”, uno trasmite algo más, mucho más que el mero

feeling. Lo que significa el amor auténtico -la caridad- queda bastante bien reflejado en una carta que recibió un amigo sacerdote y que transcribo a continuación. Se trata de unas líneas que dirige a mi amigo una abogada de prestigio para expresarle el cambio que experimentó su vida cuando se dedicó a atender a su papá, enfermo y mayor de edad. Comentaba la buena señora: "Soy muy feliz viendo sonreír a mi papá. A su lado, no tengo prisas. Cada minuto de compañía se vuelve sagrado y cuando regreso a mi casa "sin haber hecha nada" (sin haber hecho nada más que amar), me siento llena y feliz, mucho más que si hubiera ganado un pleito, o acumulado un montón de dinero. Hablo con él. Platicamos de nada. Vivimos. Estamos juntos. Lo quiero. Lo veo feliz de tenerme a su lado. No hay premio mayor en este mundo. Sé que un día me arrepentiré de millones de cosas de mi vida. Pero nunca me arrepentiré de esas horas "perdidas" haciendo crucigramas con mi papá".

Nos detenemos ahora en el otro término de la relación: la libertad. Es muy probable que si detenemos a las personas que pasan por la calle para preguntar qué es para ellas la libertad, nos encontremos respuestas de este estilo: "*poder hacer lo que me viene en gana*". Aunque ciertamente la libertad incluye la libre elección -el libre albedrío que dicen los filósofos-, la libertad no se agota en ello. De manera parecida a lo que sucede con el amor, para que la libertad sea auténtica no basta con poder hacer o elegir: es preciso saber qué se quiere, es decir, tener un **proyecto de vida**, que es tanto como preguntarnos ¿qué persona pretendo llegar a ser? El gran filósofo Patón lo dijo hace 24 siglos: "**La libertad está en ser dueños de la propia vida**". Difícilmente podrá llegar a ser verdaderamente libre quien no sabe lo que quiere, por mucho que haga y mucho que escoja.

La verdadera libertad no es tanto una *libertad de* (de elegir, de hacer...) sino la **libertad para**, para alcanzar el fin para el cual ha sido creado, "diseñado". Soy libre cuando soy señor de mi acción; ser libre significa que tomo las riendas de mi vivir (elijo) y me voy "configurando" en la medida en la que mis elecciones me conducen hacia mi verdadero fin. "Conquisto" la libertad cuando escojo amar, pues la **libertad para** es una libertad finalizada. La libertad auténtica, como toda actividad humana, tiene una estructura finalista, y se encamina al amor. Por lo tanto, el buen uso de la libertad está en escoger aquello que me conduce a una mayor posibilidad de amar sin restricciones.

Una vez aclarado el alcance de estos importantísimos conceptos (amor y libertad) estamos en condiciones de relacionarlos adecuadamente abarcando el entero abanico de la vida humana: la presente y la futura (la vida eterna). En esta tierra, el tiempo con el que contamos es un regalo divino para **crecer en el amor**, y de esta forma, conquistar una libertad más plena. Lo que da sentido a nuestra vida, aquello para lo que nacimos es amar "a pleno pulmón". Desafortunadamente, muchas personas ignoran esto. A veces se detienen a considerar la importancia de amar, pero no como algo prioritario en su vida.

Unas de las experiencias más singulares que me ha sido dado conocer detalladamente es la que tocó vivir a un buen amigo que permaneció secuestrado durante nueve largos meses. Para conseguir sus fines, los secuestradores, intentaron hacer de él un autómatas: le "organizaron" la vida a

base de estímulos mecánicos que buscaban provocar en él automatismos: le golpeaban la pared o encendían la luz para que estuviera despierto por la noche y no en el día; otro golpe era para que desayunara, comiera, etc. Entre las muchas cosas dignas de hacer notar de ese tiempo de angustioso secuestro hay algo que llama particularmente la atención. Mi amigo, dentro de las muchas limitaciones, abrió márgenes amplísimos a la conquista y desarrollo de su libertad interior. De entrada, decidió no dejarse vencer por la depresión y para ello comenzó por estar siempre ocupado, ejercitando la memoria, haciendo ejercicio físico, oración, y un largo etcétera. El cambio radical lo dio cuando fue consciente de que aún en su confinamiento podía hacer el bien a los demás, incluidos los mismos secuestradores. Descubrió la verdadera grandeza del tiempo: las miles de posibilidades que se nos brindan para hacer el bien y, en definitiva para amar. A un hombre pueden privarle de todo, menos de una cosa: su capacidad de amar. Un hombre puede sufrir un accidente que le impida volver a caminar. Pero no hay accidente que nos impida amar. Un enfermo mantiene entera su capacidad de amar: puede amar el paralítico, el moribundo, el condenado a muerte. Sí, esta es nuestra gran tarea, para la que estamos capacitados aun habiendo nacido pobres o ricos, sanos o enfermos, guapos o feos...

Reflexionando sobre los datos que nos ofrece la revelación cristiana, los teólogos afirman que el juicio particular -al que estamos llamados inmediatamente después de morir- consiste en una pregunta fundamental ¿supiste amar con todas sus consecuencias? En realidad, es una pregunta en clara continuidad con la que Dios dirige a Caín después de la muerte de Abel ¿dónde está tu hermano? (Gen 4,9) Al ser consciente de que esta es nuestra gran tarea, aprendemos a conocernos a nosotros mismos: sabemos con certeza para qué estamos en este mundo y alcanzamos así la libertad más auténtica, la de los hijos de Dios. Y es que la vida es una misión, un reto fascinante. Venimos a la tierra para algo, y ese algo es tan importante que de él depende la felicidad eterna, la propia y la de otras muchas personas, sencillamente porque el fin de nuestra vida es amar intensamente, amar a Dios como Padre amoroso que es y Dios en los demás.

Decía el famoso psiquiatra vienés Víctor Frankl que muchos de los casos que se le presentaban de enfermos con depresión profunda; personas que no encuentran ninguna razón para vivir, y que no esperan nada de la vida ni del mundo, quizá no se hacían la pregunta esencial: ¿que espera el mundo de mí. La cuestión no es por tanto, señala Frankl, ¿por qué vivir?, sino ¿por quién vivir?

Tras la muerte, podemos llegar a imaginar el purgatorio como el estado de aquellas almas que han muerto en amistad con Dios pero que todavía no están preparadas para amar totalmente. Los actos que realizaron en la tierra les hacen incapaces de corresponder a tanto amor como existe en el cielo. Y sienten una vergüenza grandísima al experimentar su incapacidad de entregarse por entero. Es ese dolor de amor que quema sus impurezas, que las *purga* a la vez que las embellece y las va haciendo cada vez más capaces de esa entrega total, lo que da sentido a este estado.

María Simma, una anciana señora que afirmaba haber entrado en contacto con las almas del purgatorio a lo largo de su vida, lo explicaba así: “Supongan que un día se abre una puerta y aparece un Ser extraordinariamente bello, de una belleza tal, nunca vista sobre la tierra. Aquí quedan fascinados, trastornados por este Ser de luz y de belleza, tanto más que Él demuestra estar locamente enamorado de ustedes (lo que nunca hubiesen imaginado); se dan cuenta que Él también tiene un gran deseo de atraerlos a sí, de abrazarlos; y el fuego del amor que quema ya en sus corazones les empuja seguramente a precipitarse entre sus brazos. Pero ustedes se dan cuenta, en ese preciso instante, que hace meses que no se bañan, que huelen mal, tienen la nariz que chorrea, los cabellos grasosos, manchas de suciedad sobre la ropa etc., etc. Entonces se dicen a sí mismos: “¡No, no es posible que yo me presente en este estado! Es preciso que antes me bañe y luego, rápidamente, regrese a verlo”¹. En otras palabras, el alma acepta el dolor que produce su propia torpeza, y lo acepta con alegría porque sabe que es el medio de purificación, el camino para poder experimentar definitivamente el amor de Dios.

Por esto el infierno –tal y como lo describe Dante en su *Divina Comedia*– supone la soledad más absoluta, el lugar propio del egoísmo más acérrimo. Ahí no hay nada que compartir y el dolor que se produce es fruto de la incapacidad de amar. De ahí la afirmación de gran literato norteamericano T. S. Eliot: “suprime el amor y harás un infierno”. El infierno no es un vacío, está lleno de la nada. Cuando hablo de la nada, me refiero me refiero a lo contrario al ser, lo contrario al amor. Supone, por eso, el aburrimiento más absoluto, porque nunca pasa nada, nunca llega nada... De ahí que C. S. Lewis afirmase que “toda la dificultad de entender el infierno, reside en que la realidad que hay que entender es casi nada”. Este estado es la ausencia de bien, de ese bien para el cual el hombre fue hecho y que ha desperdiciado, ha perdido... para siempre. Bastaría con ver un feto muerto en un bote de cristal para imaginarnos la repugnancia y tristeza que produce ese estado: seres que, pudiendo llegar a desarrollarse como personas, no lo han hecho; hijos de Dios que han rechazado esa altísima dignidad porque se han preferido a sí mismos, desperdiciado el amor de la Trinidad: de Dios Padre (Amante); de Dios Hijo (Amado) y de Dios Espíritu Santo (Amor).

El cielo al que todos somos convocados es un espacio vital cuyo tiempo no es nuestro tiempo; cuyo espacio no es nuestro espacio, pero existe y es más real que el suelo que pisamos. A ese mundo misterioso –pero real– no se le puede situar ni fijar su residencia en ningún lugar de nuestro universo sensible: sus leyes no son nuestras leyes. Es más hermoso que lo que llamamos belleza; más luminoso que lo que llamamos luz. Gran error sería hacerse de él una representación descolorida. Es un mundo de plenitud y de una densidad prodigiosas, es un mundo sin vacíos. Este mundo no sólo es real, es la **realidad**, la última realidad, que da consistencia y sentido a la vida terrena.

¹¹ N. ELTZ – M. SIMMA, *¡Ayúdenos a salir de aquí!* Centro María Reina de la Paz, México 2014.

Hacia ese mundo todos nos dirigimos. A nuestro paso por la tierra, Dios nos brinda la posibilidad de elegir. Si no alcanzamos nuestro destino último es porque nos empeñamos en caminar en dirección contraria al plan de Dios, que siempre coincide con nuestra felicidad. Allí se realizará plenamente en nosotros lo que el bautismo solo inició. Entraremos en el corazón de la **vida misma**, y allí experimentaremos esa inaudita alegría, multiplicada al infinito, que vendrá como consecuencia del encuentro con Dios y todos nuestros seres queridos.

Habrà llegado entonces para cada uno de nosotros el luminoso momento en el que reconoceremos que todo lo acontecido en el mundo formaba parte del designio sabio de un Padre Amoroso. No será poca nuestra felicidad al ver como el Dios hecho hombre nos agradecerá todos los pequeños servicios que le hicimos en la tierra “tocando su carne en los más débiles” (Francisco). No tendremos dificultad alguna en comprender como María ha sido la mujer que más ha amado en la historia del mundo. Y aunque el sufrimiento será un distante recuerdo de un pasado ya superado, seremos capaces de entender los padecimientos que Jesucristo sufrió en su pasión y muerte; comprenderemos sus lágrimas y sabremos de verdad que la medida de su amor es todo lo que por nosotros padeció. Veremos a Cristo, ascendido a los Cielos y sentado a la derecha del Padre, y le agradeceremos los juicios misericordiosos que emitió en cada confesión sacramental a lo largo de nuestra vida terrena; estaremos en gozosa convivencia con todos los santos y ángeles. Alma y cuerpo latirán con las energías de una Vida eterna.

El “ama y haz lo que quieras” de san Agustín nos introduce directamente en el cielo (fin de nuestro recorrido), estado que uno alcanza cuando es capaz de entregarse del todo. Ahí, Dios se nos regala por completo porque estamos ya en grado de recibir tal don. Solo el alma que se ha dado totalmente es capaz de introducirse en esa otra entrega de Personas que es el misterio de la Trinidad. Una relación de mutua entrega, de amor pleno entre Dios y la persona es lo esencial en este estado. El hombre se da todo a Dios, y toda la Trinidad se abre plenamente a su criatura tan amada, el ser humano. “Si amas verdaderamente, tu recompensa debe ser Aquel a quien tú amas”, afirma san Agustín. Desde que nos llamó a la vida Dios ha estado esperando ansiosamente ese momento. Nos quiere felices por toda la eternidad y sabe que nuestra felicidad es fruto de esa plenitud que solo su amor infinito puede darnos. Y, entonces el **Ama y haz lo que quieras** alcanzará su más pleno cumplimiento.

CCB
8-IX-21

